

los vientos ni los hielos de las noches frías lo emperzaban para obras santas.

Su pureza de vida bien se deja entender, pues era como de quien esperaba, como él dice, cada día la muerte, y vivía en continuo deseo de hacer de su vida sacrificio puro, agradable á Dios; y finalmente, la carta de este insigne varón está exhalando una ardentísima caridad, que no se quedaba en el papel ó en las palabras, sino que se practicaba en las obras, arriesgando la vida por el amado, y padeciendo con mucho gusto trabajos. Y luego hace el catálogo de ellos, aunque brevemente referidos, en los cuales acabó su vida, que aunque no la rindió á las flechas y macanas de los indios; pero los que padeció en plantar la fe en esta tierra que se puede llamar destierro, y dar principio á la misión de Parras y naciones comarcanas, donde había doce mil indios, fueron tales que, aunque le cogieron en la flor de su edad, y á los treinta años de ella, y cuatro después de su predicación evangélica; le derribaron de suerte que, sin dar lugar de aviso á algún Padre que le asistiese y curase, dió su alma á su Criador con una muerte muy semejante á la con que remataron sus vidas varones santísimos desterrados por la fe; pues por predicarla y dilatarla murió este gran siervo de Dios en tanto desamparo, en un pueblecito de sus indios, hijos que había engendrado en Cristo, y de sólo alguno de ellos acompañado.

Bien podemos entender que las almas de los que él había enviado delante al cielo, le saldrían á recibir cuando allá entraba, obligadas á darle las gracias del incomparable beneficio que por su mano habían recibido.

Los que quedaron en la tierra, fué con tan tierno sentimiento y memoria de su Padre, que no se olvidaban de ella: y más en su patria, la ciudad de Zacatecas, estaba tan fresca y tan fragante el olor de sus virtudes, que el título con que lo nombraban, era el Ángel del P. Juan Agustín.

Tal había sido la pureza de vida que había mostrado en esta ciudad cuando se crió en ella, y después resplandeció tanto más en su misión de las Parras, donde vivió y murió, que mereció este título de ángel, principalmente por haber guardado perpetua virginidad toda su vida, como testifican las *Anuas de Méjico* del año 1602, que escribió el P. Martín Fernández, su Provincial, el cual pondera mucho la caridad de este siervo de Dios, de quien dice estas palabras:

«Padeció grandes trabajos con increíble paciencia y alegría espiritual, teniendo todo por nada, á trueque de que aquellas almas que se le habían encomendado conociesen á su Criador, teniéndolas en lo íntimo de su alma, como quien las había engendrado para Cristo.

»Con este celo redujo á poblaciones y policía á las almas que tenía á su cargo: y con el mismo celo, otras veces que todos los convertidos se le

ausentaban á los montes con alboroto y armas, dejándole solo en su casilla, él con seguridad y amor paternal se iba entre ellos, y con sus amorosas persuasiones los recogía otra vez á su rebaño, atribuyendo con rara humildad y una verdad sencilla á sus propios pecados las faltas y levantamientos de sus indios.

»Con estar solo lo más del tiempo entre ellos, traía tan concertada su conciencia y vivía tan recatado, y dando tan menuda cuenta de ella por cartas á sus Superiores, como si fuera un perfecto novicio. Revolviendo ahora sus cartas con cuidado y atención, no se halla ninguna que, desde el principio hasta el fin, no esté brotando celo de los prójimos, trato continuo con Dios nuestro Señor, humildad y abnegación propia, resignación en las manos de sus Superiores junta con una muy prudente candidez, con que en sus palabras muestra la pureza de su alma.» Todo esto es del P. Martín Fernández, Provincial de Méjico.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN DE LA PLAZA

Las mayores maravillas de los santos son sus virtudes, y quien estas tiene, aunque carezca de otros milagros, bien merece ser admirado y venerado de todos: así lo fué el P. Juan de la Plaza, y es digno que hagamos memoria de él, por ser dechado de una sólida virtud.

Nació este siervo de Dios en la villa de Medinaceli el año de 1527, de padres honrados y virtuosos, que le criaron cristianamente, y siendo ya de edad para estudiar, le enviaron á la Universidad de Alcalá, donde dió muestras de su agudo y despierto ingenio y de rara modestia, la cual le hacía respetar de los otros estudiantes y discípulos de manera que ninguno se osaba descomponer delante de él.

De Alcalá fué á ser colegial en el colegio de Sigüenza, y allí oyó al Dr. Bartolomé de Torres, que después fué Obispo de Canarias, varón por su santidad y por sus letras muy conocido y estimado en España. Con la comunicación y doctrina de tan insigne maestro, se aventajó mucho el P. Plaza, no solamente en la sagrada Teología, sino también en la virtud y en el deseo de la perfección.

Acabados sus estudios, andaba muy ansioso de entender la voluntad de nuestro Señor, acerca del estado que había de tomar; y un día que los otros colegiales se habían ido á recrear al campo, él determinó de recogerse, y gastarle en oracion. Estando en una ventana y mirando al cielo, se le bañaron los ojos en lágrimas y sintió un eficaz impulso de nuestro Señor, que le llamaba á la Compañía de Jesus, de la cual su maestro le había dado mucha noticia. Con este impulso divino creció más en la devocion y pidió la Compañía y fué admitido en ella por el P. Villanueva el año de 1553, siendo ya Sacerdote y de veinte y seis años, aunque ántes de recibirle se graduó de Doctor en Teología, por orden de los Superiores de la misma Compañía, porque él por su humildad no lo había querido ántes hacer.

Luego que le recibieron, siendo aún novicio, descubrió el talento que Dios le había dado para gobernar, y así en breve le hicieron Maestro de novicios, y él escribió muchas de las reglas que hoy tienen, y despues, siendo ya profeso, fué tres veces á Roma á las tres elecciones de los tres Padres generales Maestro Diego Lainez, S. Francisco de Borja y Everardo Mercuriano.

Fué Rector muchos años, la mayor parte del colegio de Granada, y Provincial de Andalucía. Y el año de 1573, el P. Everardo Mercuriano le envió por Visitador de la Compañía de Jesus del Perú, y despues pasó á la Nueva España á hacer el mismo oficio; y, acabada la visita, fué Provincial de la misma provincia de la Nueva España hasta el año de 1585, en que dió de mano á todo género de gobierno, quedando solamente por Prefecto de las cosas espirituales del colegio de Méjico, y padre, guía y confesor de los Hermanos estudiantes, y en ese oficio, con mucho gusto suyo y de todo aquel colegio, se ocupó todo el tiempo que le tuvo, hasta que los dolores de la gota le apretaron de manera que le hubo de dejar.

En su gobierno era muy celoso de la observancia religiosa y de que se conservase el verdadero espíritu y primitivo de la Compañía; y aunque en esto parecia algo riguroso, pero su mayor rigor venia á parar en derramar el mismo Padre muchas lágrimas, con las cuales se confundian y enmendaban los súbditos, y quedaban convencidos y obligados á tanta caridad.

En sus visitas tenia mucho cuidado de dejar pocas ordenaciones escritas en el libro, y que quedasen bien puestas en práctica, y así se detenia en la visita de los colegios hasta que las veia puestas en ejecucion.

Cuando visitó la provincia de la Nueva España, halló alguna manera de division y diferentes pareceres entre los nuestros; porque algunos, que se tenían por más fervorosos, pretendian hacer más penitencia y una vida más austera y rigurosa de lo que á todos nos proponen nuestras Constituciones;

otros querian abrazarse con ellas, y seguir el espíritu que en ellas se contiene y nuestros primeros padres nos han enseñado.

Trabajó mucho el Padre en despedir de la Compañía todo espíritu nuevo y que desdice de aquel con que se fundó y conserva, por más que parezca reformation, y por maravilla la hay en las cosas particulares que se hacen con espíritu particular, que no sea con detrimento de otras más esenciales, y ella generalmente causa division y cisma en el cuerpo de la comunidad, y estos fervores comunmente duran poco y se acaban presto. Y así los Superiores de las religiones no deben permitir en ellas espíritus singulares con celo de mayor estrechura, sino cortarlos y arrancarlos en sus principios, ántes que creciendo el número de los que ellos llaman reformados, crezca la division y tenga difícil remedio.

Así lo hacia el P. Plaza, reduciéndolo todo á la primera observancia de nuestras Constituciones y reglas, y conservando el primer espíritu y observancia con que nuestro S. P. Ignacio fundó la Compañía y la gobernó, y ella ha florecido y fructificado tanto en la Iglesia del Señor, y reducirse á esto es buena y debida reformation.

Era hombre muy serio y compuesto; nunca se le oyó decir palabra de burla; y en sus reprensiones tan medido, que no lastimaba al súbdito con encarecimientos ni palabras picantes y de poca estima. Dijo una vez que había gastado tres años de oracion en aprender cómo había de reprender á los súbditos.

Cuando trataba algun negocio en las consultas, despues de haber oido los pareceres de los consultores, no se resolvía fácilmente, sino encomendaba el negocio á nuestro Señor, y con la luz que Él le daba en la oracion, hacia lo que juzgaba ser más conforme á su santa voluntad, y especialmente guardaba esta orden en las cosas que tocaban á la disposicion y consuelo de sus súbditos.

Ponia gran fuerza en la obediencia; y, así despues que él dejó el gobierno, habiendo venido á visitar otro Padre la provincia de la Nueva España, donde él estaba, y preguntándole cómo le parecia que debía disponer su visita, y por dónde comenzaria, respondió: «Por donde yo entiendo que se ha de comenzar es por la campanilla, sabiendo cómo acuden los de casa á las obediencias á que son llamados.»

No enseñaba esta obediencia con solas palabras, sino mucho más con las obras; porque decia que era singular don de Dios el ser guiado el religioso por la voluntad del mismo Dios declarada por los Superiores. Y así, despues que dejó de ser Superior, enviándole una vez el Rector á decir si queria predicar tal fiesta, respondió que él no tenia querer, pero que, si se lo mandaba, lo haria de muy buena voluntad.

Ninguna cosa que supiese ser voluntad del Superior tenia por dificultosa, ni temia de emprender. Díjole una vez una persona de las poderosas de Nueva España, ¿por qué no le veía y comunicaba? Y él le respondió: «Señor, despues que Dios me hizo merced de quitarme la carga de ser Superior, no pienso hacer más de lo que me mandaren.»

Esta obediencia mostró más en los postreros años de su vida; porque estando oprimido, y consumido, y como muerto con el mal de la gota, usando siempre de manos ajenas; en el comer y en todo lo demas se conformaba á lo comun de toda la casa, sin ningun género de singularidad, cosa que ponía espanto, sabiendo las enfermedades y dolores que padecía.

Tenia muy bajo concepto de sí y grande estima de los otros, y con ser hombre tan docto y experimentado en todo género de cosas, fácilmente se rendía al parecer ajeno sin porfías ni contiendas, ni querer llevar la suya adelante.

Vino un Sacerdote, ocho ó diez años ántes que el Padre muriese, para entrar en la Compañía. Llevóle el P. Plaza al aposento del Provincial, hincóse de rodillas, y díjole con grandes lágrimas y sentimiento: «Aquí traigo á V. R. este siervo del Señor, para que, pues yo lo he servido tan mal, supla mis faltas y sirva de veras á nuestro Señor en la Compañía.»

Cuando queria alentar alguno en el servicio del Señor, con mucha llaneza y verdad le decia sus propias faltas. De este mismo conocimiento y desestima de sí nacia la paciencia y sufrimiento que tenia en sus dolores y penas; porque, estando desvelado de noche y atravesado y consumido de gravísimos dolores de la gota, se recogía dentro de sí, y pensando en los tormentos del infierno, y tocando la cama con sus manos gafas y doloridas, decia: «¿Es posible que esta es cama, y que estas son sábanas y no fuego del infierno? Merced es de nuestro Señor tenerme aquí, pues merecí estar en aquellas llamas.»

Habiéndole faltado la vista de uno de los ojos, y preguntándole un Padre si aquella falta le daba pena, respondió que ántes le habia dado gozo; porque con semejante pérdida recompensaría lo que con la vista hubiese ofendido á Dios nuestro Señor.

Estaba siempre muy en sí y muy dentro de su corazon, y repetía muchas veces algunos lugares de S. Pablo, en que el santo Apóstol se humilla, y conoce, y se llama pecador: uno era aquel: *Qui blasphemus fui et persecutor. et contumeliosus;* y *Venit Iesus peccatores salvos facere, quorum ego primus sum;* y *Ego sum minimus Apostolorum, qui non sum dignus vocari Apostolus, quia persecutus sum Ecclesiam Dei.* Y decia que con aquestas palabras se consolaba y animaba, y, poco ántes que muriese, solía decir treinta veces al

día aquellas palabras del salmo: *Converte nos Deus salutaris noster, et averte iram tuam a nobis:* tan dado era al espíritu de la compuncion un hombre tan puro y limpio de conciencia como este siervo de Dios lo era.

Pero una de las cosas en que puso más su estudio fué en procurar de no ser tenido por santo, sino por pecador, juzgando que la verdadera santidad no consiste en el aplauso exterior y cosas aparentes, sino en el trato y familiaridad con Dios, y en la propia abnegacion, y virtudes sólidas y perfectas.

Mas aunque él se humillaba tanto, y se tenia por tan gran pecador, Dios nuestro Señor que levanta los humildes, le honraba y hacia que los Superiores de la Compañía y los demas de ella le reverenciasen como varon de Dios, y que los señores y Prelados eclesiásticos le respetasen y consultasen con él sus dudas, y se rigiesen por su parecer, como de un santo y varon docto y prudente.

El Arzobispo de Granada D. Pedro Guerrero, varon por su santidad y letras tan estimado en España, no hacia cosa sin su consejo, y hallábase tan bien con él, que solía decir: «En esta plaza hallo yo cuanto hé menester.»

En el concilio provincial que se celebró en la ciudad de Méjico, diez y ocho años ántes de su muerte, se halló el P. Plaza en las consultas de los Prelados, estimando todos mucho su parecer. De este concilio resultó que el mismo Padre hiciese aquel catecismo que comunmente ha corrido en la Nueva España.

Esta estima, que los hombres graves tenian del P. Plaza, nacia de su santidad y religiosa modestia, de sus buenas letras, acertado juicio, experiencia de muchas cosas que habian pasado por él, de una apacible y dulce conversacion, y no ménos de verle tan desinteresado y apartado de negocios seculares y ajenos de su profesion.

Tuvo singular don de discernir los varios espíritus, en tanto grado, que aún en los principios, cuando entró en la Compañía, consultaban con él las cosas extraordinarias que se ofrecian de este género, por conocer el don tan aventajado que nuestro Señor le habia dado en esta parte.

Nunca quiso hablar á un hombre que en Méjico era tenido por gran santo, con suma estimacion de su virtud, fiando de él muchos la direccion de sus almas. Este tal hombre deseó, para acreditarse más, hablar al P. Plaza; mas el siervo de Dios, conociendo con luz del cielo la falsedad y fingimiento de aquel espíritu, nunca quiso admitirle. Maravilláronse todos de esto, por ser grande la caridad y humildad del P. Plaza. El suceso mostró la razon que tuvo, porque le vino á prender la Inquisicion y á sacar en auto público aquel hombre por alumbrado.

La doctrina de este Padre fué sólida y grave así en sus pláticas espiritua-